

An illustration of a woman with long dark hair, seen from the back, wearing a light-colored, backless top and white pants. She is holding hands with another person whose hand is visible on the right. The background is a solid reddish-pink color.

**Rachel
Krantz**
Abierta

*Un relato personal
y sin censura sobre amor,
libertad y no monogamia*

PAIDÓS

Rachel Krantz

Abierta

Un relato personal y sin censura
sobre amor, libertad y no
monogamia

Traducción de Ana Pedrero

PAIDÓS Contemporánea

Título original: *Open*, de Rachel Krantz

1.ª edición, abril de 2023

© Rachel Krantz, 2022

© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2023

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2023

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-4071-0

Maquetación: Realización Planeta

Depósito legal: B. 4.854-2023

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

PRIMERA PARTE

27 AÑOS

1. Érase una vez una solitaria doncella que creía solo con cierta ironía que un día alguien la salvaría...	19
2. Un hombre de verdad, signifique eso lo que signifique. .	32
3. Sí, papi.	43
4. ¿Y qué ganarías con eso?	50
5. Tal vez soy bisexual	58
6. A la orgía que fueres...	67
7. Vaya guarra	75
8. Kryptonita pura y sin cortar.	83

SEGUNDA PARTE

28 AÑOS

9. Abiertos por ambos lados	93
10. ... Y esto es lo que pasó.	98

11. Por qué soy tan patética	104
12. Cara a cara con mi mentora	113
13. Muy lejos de la homeostasis	119
14. Miranda, espirales, explosión	123
15. Cuestión de poder	127
16. Dos tías y un tío	135
17. La divina feminidad	143
18. No dije que no	149
19. Olvidarse del dolor follando	157

TERCERA PARTE

29 AÑOS

20. Mi tesoro	168
21. Si las paredes hablaran	178
22. La poesía fortuita de lo cotidiano	183
23. Mi metamor, mi yo	190
24. <i>Pretty Woman</i> al revés	199
25. El no apego	204
26. Un peligro para nosotros mismos	210
27. Cómo/por qué me quedé	215
28. La semana de los <i>swingers</i> jóvenes	225
29. Domando dragones	236

CUARTA PARTE

30 AÑOS

30. ¿Más sana que nunca?	249
31. Anarquía relacional	259
32. La pandilla del Desire	267
33. Un saco de perversión y criminalidad	277
34. Allanamientos	281
35. El Ladybird y el nido	285

36. No es lo uno o lo otro	291
37. ¿Qué pruebas tienes?	301
38. A veces, la experiencia es decir que no	311
39. El momento que me abrió los ojos	318
40. Lo que menos te haga sufrir	326

QUINTA PARTE
31 AÑOS

41. En la cueva más profunda	335
42. Iniciadora, autora, heroína	342
43. Y fue abierta y comió perdices.	347
Agradecimientos	353

1

Érase una vez una solitaria doncella que creía solo con cierta ironía que un día alguien la salvaría...

08/06/2014

*Anotación en el diario de Rachel**

26 años

Dejé que me convenciera para que me tomara media jarra, pero no más porque sabía que me llevaría a ponerle los cuernos a [Dan] ... Anoche me habría acostado con una mujer si no fuera por él ... le guardo rencor por no haber podido hacerlo.

03/08/2014

Anotación en el diario

Estoy esperando a que alguien me encuentre. Creo en ser salvada.

* Todas las fuentes primarias (anotaciones en el diario, correos electrónicos, mensajes de texto, transcripciones de grabaciones) se exponen de forma literal. Los puntos suspensivos indican dónde he omitido palabras, y las palabras entre corchetes se han añadido para mayor claridad.

20/02/2015

Brooklyn, Nueva York

—Toma —le dije, entregándole el ramo con energía, pero sin darle demasiada importancia—. Te he traído unas flores.

—¿Me has comprado flores? —Había conseguido desarmarlo, aunque fuera solo por un momento. Esperaba que las flores transmitieran un mensaje: vale que yo tuviera veintisiete años y él treinta y ocho, pero no era su presa. Y yo llevaba puesto el vestido de señora adulta que había encontrado en una caja de donaciones para demostrarlo.

—Los hombres también merecen que se les regale flores, ¿sabes? —dije, como si la idea no se me hubiese ocurrido hacía una hora.

—Bueno, pues gracias. Creo que esto no me había pasado nunca. —La sonrisa de Adam se dibujaba ligeramente hacia abajo, como si estuviese triste y alegre a la vez. Sacársela me resultaba muy gratificante—. Creo que tengo un jarrón en algún sitio... —Me fijé en los músculos de la espalda que se le notaban bajo la camiseta blanca mientras buscaba una prueba más de su vida civilizada. De fondo sonaba música de jazz, y mis pies enfundados en medias pisaban silenciosamente su immaculado suelo de madera mientras él caramelizaba cebolla. Admiraba su colección de libros en inglés y alemán, los cogía y los volvía a dejar, como una niña de tres años convertida en antropóloga. Me fijé en la extensa sección de Philip Roth: *El profesor del deseo* flanqueado por *Deudas y dolores* y *La orgía de Praga*, el evidente gusto por Updike, Jung, Lacan, Heidegger, Yeats, Freud y... ¿Edith Wharton? *Al menos he leído todo lo de Diaz y Lahiri*, pensé. Acababa de romper con Dan, un chico que no tenía cortinas ni más de diez libros, y mucho menos un jarrón limpio. *Esto es un avance.*

Mientras cocinaba, entre nosotros se instaló un silencio cómodo y cargado de tensión sexual.

—¿Sabes?, creo que el masajista de Groupon —al que he estado yendo se está pasando conmigo. —*Joder, ¿por qué has dicho eso?* Podría echarle la culpa a la calada a un porro de hierba seca que le había dado antes de venir, pero no era solo eso. Adam tenía algo

que me hacía pensar en una confesión judía: arrodillarme parecía inminente.

—¿Qué? —Frunció el ceño, preocupado.

—Es que me dice que me desnude, y en cada sesión se va acercando cada vez más al coño. Roza los lados y a veces pasa por encima, pero nunca me mete el dedo ni nada de eso. No para de decirme que respire profundamente de una forma bastante sexual, como si gimiera para demostrar... —Lo irónico era que me había dado el capricho de regalarme unas sesiones de masajes en Groupon con la esperanza de que me ayudara a evitar tomar decisiones románticas basadas únicamente en las ganas de tener contacto, una inversión cuyos beneficios esperaba cobrarme esa noche—. Igual me lo estoy imaginando, ¿no? O le estoy dando la impresión de que me gusta... Porque en cierto sentido me gusta, hasta que llega demasiado lejos y yo no paro de apartarme, pero entonces lo vuelve a hacer... —¿Por qué le estás contando todo esto?—. No sé, ¿tú qué crees?

—Creo que tienes que cambiar de masajista. —Adam tenía una forma decisiva de zanjar conversaciones que ya de por sí me resultaba reconfortante.

La cena estaba deliciosa, pero verlo lamer el papel de fumar para el postre me resultaba totalmente pornográfico. Su investigación académica, me dijo mientras yo inhalaba, trataba principalmente sobre la psicología del deseo romántico y sexual, y en especial sobre la importancia de la triangulación.

—¿O sea, la importancia de que haya tres personas? —pregunté.

—A menudo, sí. Es una de las historias más comunes, el triángulo amoroso. *La insoportable levedad del ser*, *La edad de la inocencia*... —*Crepúsculo*, añadí mentalmente. *Los juegos del hambre*—. Pero a veces la triangulación también es simplemente un obstáculo externo, no tiene por qué ser una persona. Una guerra o la distancia.

—Me pregunto si es una razón subconsciente que hace que algunos tengan hijos —tanteé—. Para crear una forma más segura de triangulación que otro amante, un obstáculo constante para estar solos pero juntos.

—El deseo puede entenderse como un sentimiento de caren-

cia —dijo, asintiendo con actitud profesional—. Si creemos que tenemos a alguien en todos los sentidos, a menudo dejamos de desearlo sexualmente.

—Tiene sentido, pero también es un poco triste, ¿no?

—No, no lo es. Es como la física. Saber cómo funcionan las cosas solo las hace más bellas. —Me sostuvo la mirada, diciéndome algo sin palabras—. Estudio lo que más me importa. Cómo se podría conservar el deseo. No solo por mí, sino también para mi pareja a largo plazo.

Asentí; lección aprendida. Tenía que admitir que me costaba imaginar mejor tema de investigación para que mi amante dedicase su vida. Estaba sentada de rodillas en su immaculado sofá. Se detuvo a observar mi piel enfundada en las medias negras.

—Ya que tus pies están justo aquí y que antes has dicho que te gustan los masajes, estaría encantado de darte uno. —*Un poco atrevido después de lo que le he contado, y puede que incluso un poco insensible. Pero la verdad es que suena bien... Haz lo que te apetezca, pero no pienses que le debes nada. Esta noche, eres una mujer adulta.* Me había prometido a mí misma que la misión de esta noche era dar paso a una nueva era de relaciones adultas. Dejaría de sentir que contraía una cierta deuda si recibía «demasiado» o me «adentraba demasiado» en una situación. Haría lo que me diera la gana hacer y nada más (*¿o menos?*), sin juzgar.

—Vale, sí. Por qué no —dije, acercándole las piernas como si fuesen un segundo ramo de flores. Su forma de tocar era sutil, constante y segura. Prestaba atención a lo que yo quería sin pasarse ni un centímetro, prometiéndome sensibilidad, paciencia y generosidad. Su voz era grave y en ocasiones cavernosa y sus muy musculados bíceps se flexionaban mientras seguía conduciendo una conversación en la que mi cuerpo era el embrague. Nadie se había centrado jamás en mí con tanta intensidad. Ni siquiera un psicólogo, y mucho menos un hombre que me pareciera atractivo. Mientras me daba el masaje me iba haciendo preguntas, interrogándome como ya hizo en nuestra primera cita. Era como si tuviese que llegar a lo más profundo de mi ser, con meticulosidad, con urgencia. Como si nada fuese más acuciante en el mundo.

A aquella primera cita que habíamos tenido la semana anterior me presenté todavía más colocada, principalmente para demostrarme a mí misma lo poco que me importaba. *Solo estoy yendo a mirar.* Hacía tres semanas que había intentado romper nuevamente con Dan, pero me convenció de que, en lugar de romper, nos diésemos un respiro de un mes. Podíamos vernos con otras personas, concedió, pero insistió en que esperásemos un poco más para hacerlo oficial, «para estar seguros». Me sentía como su rehén, pero no era capaz de negarme. Reactivé mi cuenta en OkCupid y volví a meterme a rastras en ese limbo. Solo subí dos fotos en blanco y negro a mi perfil. Una en la que salía con un albornoz mullido e informe mirando a la cámara a desgana; otra en la que salía con un albornoz mullido e informe espatarrada en el suelo como diciendo *me resbala todo; ahora mismo no tengo ánimo ni para contentar a la mirada masculina.* Como si estuviera retando a alguien a que me encontrara atractiva y/o a que se aprovechara de mi evidente depresión circunstancial. Adam me escribió y solo hizo referencia a los dispersos pensamientos de mi perfil.

Como no fui capaz de encontrar una razón de peso para descartarlo como a los demás, sugerí que fuésemos a ver una sesión de jazz experimental en un local efímero que estaba a la vuelta de la esquina. La música te llevaba por unas escaleras profundas y oscuras hacia una existencia distópica, un mundo gobernado por máquinas metálicas. Adam estuvo sobrio, atento, y durante casi tres horas apenas se movió. Yo cambiaba de postura sin parar, pasando de sentirme fascinada a aburrida, de orgullosa a muerta de la vergüenza por haber hecho una elección tan descaradamente poco romántica. Cuando me quité el abrigo, sentí que me miraba. Estaba en mi campo de visión periférico, pero notaba su mirada en los vellos del brazo como electricidad estática. La fuerza de su evaluación. *Eso es; demuestra tu respeto.* No había llegado a sonreír cuando nos encontramos unos minutos antes de que empezara la sesión. Me había ofendido. *Qué pasa, ¿se ha decepcionado?* Ahora tenía algo que demostrar.

Luego, mientras tomábamos un té en un local de la acera de enfrente, me preguntó acerca de mi vida como si fuera un simpático abogado que interroga a un testigo, un terapeuta y un periodista, todo en uno. Nunca nadie me había preguntado tantas cosas

yendo tan al grano y despreocupándose tanto de las convenciones sociales. Normalmente, era yo quien llevaba a cabo la entrevista de la primera cita. Podría decirse que ese era mi terreno.

—Dices en tu perfil que eres «mayoritariamente vegetariana» —dijo cuando ya llevábamos una hora—. ¿Qué significa eso? —*Uf, ya empezamos.* En realidad, cuando había visto que Adam era vegetariano, casi me sirvió como justificación para descartarlo. A los veinticuatro años había salido con un vegano; fue la única relación en la que había permitido ligeramente que me dieran falsas esperanzas. De ella me quedó el prejuicio de que a los hombres que les preocupan los animales no debe de quedarles energía para preocuparse por las mujeres.

—Bueno, pues que no como mucha carne —me defendí—. Pero me gusta el atún, y a veces como algo de beicon de pavo.

—¿Y crees que tienes el derecho moral de consumir otras vidas por placer cuando no necesitas hacerlo? —No había rabia en su tono, y tampoco me estaba llegando a juzgar. Solo me estaba preguntando cuál era mi opinión ética, como haría si me preguntara mi parecer acerca de la prohibición de las armas de asalto.

—No... Supongo que en realidad no creo que sea un *derecho* como tal, al menos entendido de esa manera.

—Y entonces, ¿por qué lo haces? —preguntó con amabilidad.

—No estoy segura —dije lentamente—. Tal vez deje de hacerlo.

Asintió como si la respuesta le sirviera y cambió de tema. Todavía no lo sabía, pero ese sería el último día en que consumiría animales. Había conocido a muchos vegetarianos, pero ninguno me había pedido explicaciones de ese modo. Aunque aquella noche no bebimos alcohol, cerramos el bar. Cuando me acompañó a la puerta, no le ofrecí más que un abrazo.

—Me gustaría volver a verte. ¿A ti te gustaría volver a verme? —preguntó, tan directo como lo había sido toda la noche.

—No... no estoy segura —respondí sinceramente. Era atractivo y estaba claro que era muy inteligente. Pero tenía algo que me hacía recelar. ¿O tal vez solo quería desafiarlo para mostrarme agresiva?—. Digamos que estoy abierta a que me convenzas.

Río amigablemente.

—Vale, eso puedo hacerlo. —Más tarde me enteré de que había publicado artículos sobre la psicología de la seducción.

Unos días después me dio a elegir entre tres opciones para nuestra segunda cita: una exposición de su artista favorito —alguien famoso de quien nunca había oído hablar—, una actuación de baile flamenco o una cena preparada por él mismo en su casa. Las tres ideas sonaban mucho mejor que las «copas» o el «vernos un rato» que los chicos solían sugerir, pero sabía que la tercera opción era la que más me apetecía. *¿Estoy siendo una guarrá? No. Esta es mi Nueva Yo. Una mujer, no una niña. Estoy siendo perceptiva: el piso de un tío dice mucho de él. Tengo que dejar de acoger a niños con ojos de cordero degollado como si dispusiera de todos los recursos y el tiempo del mundo. Porque, a ver, tengo veintisiete años: ¿quién sabe cuánto tiempo me queda hasta que mis tetas empiecen a caer en picado?*

Sabía que, por desgracia, era «normal» que me preocupara de que se me acabara el tiempo para merecer un amor impercedero a la avanzada edad de veintisiete años. Pero también sabía que «normal» no es necesariamente lo mismo que «natural». Te habría dicho con gran vehemencia que así es como se enseña a las personas socializadas como mujeres a pensar acerca del potencial de su vida, y que este condicionamiento es sumamente (y deliberadamente) limitador. Y aun así sentía la presión de encontrar a mi media naranja antes de que fuese demasiado tarde.

Al mismo tiempo, en realidad tenía muy pocas ganas de sentar la cabeza. Me costaba imaginar la posibilidad de estar lo suficientemente segura de alguien como para querer dejar mi sentimiento/droga favorita: enamorarme de alguien nuevo. Casi siempre que alguien me gustaba lo suficiente como para acostarme con él, el olor poscoito del vello de su axila se mezclaba con el del Old Spice y yo me aferraba a él hasta que me cansaba de ese olor, más o menos entre ocho y veinte meses después. En todas mis relaciones, había ido perdiendo la atracción poco a poco, y me asfixiaba imaginar un futuro en el que solo besaría a esa persona, por muy bien que besara. No podía soportar la idea de no poder hacer lo que quisiera con mi vida, incluso cuando lo que quería era simplemente la posibilidad abstracta de aventuras románticas futuras. Yo nun-

ca era *infiel*... Los dejaba cuando más se lo esperaban. Y aunque había amado, nunca me había sentido totalmente vulnerable.

Estaba harta de ese patrón romántico autoprotector, pero aquí estaba, de camino a casa de Adam días después de mi última ruptura a fin de hacerle el *casting* para el papel de Nuevo Novio. O, idealmente, para ser sincera, del novio que pondría punto final a mi desasosiego para que pudiera empezar mi vida de adulta. *Eres gilipollas, Rachel. Pero lo cierto es que, si me pongo en plan abogada del diablo, sí que parece un candidato potente, cosa que no es normal...*

Recostada como una reina en el sofá de Adam, me sentía florecer en sus manos. Me hacía sentir que tal vez *no hacía falta* que me pusiera ropa ajustada, le hiciera preguntas obsequiosas, me convenciera de que estaba rendida a sus pies cuando estaba solo intriguada. En lugar de controlar el viaje, quizá podría dejar que otro se ocupara de conducir. *No me importaría acostumbrarme a esto...* Empecé a fantasear con una vida nueva, una vida que estaría repleta de masajes en los pies de cinco horas y en la que estaría rodeada de un conocimiento que absorbería principalmente por ósmosis. *Joder, ¿pero qué hostias te pasa? Ni siquiera lo conoces. No caigas en la trampa.*

Seguía habiendo algo que hacía que fuese difícil llegar a él, con esa extraña seriedad y su desapego de la cordialidad. Sí, tenía la mandíbula angulosa y la frente marcada de Jake Gyllenhaal, y lo único de judío que tenía su aspecto eran los rizos morenos y las elegantes briznas de vello que le sobresalían de la camisa. Sí, parecía haber leído todo lo que yo tenía intención de leer, había escrito dos libros, era alto y musculoso en su justa medida y daba clases en la universidad. Vale, definitivamente era el tipo de hombre maduro que había empezado a creer que estaba fuera de mi alcance en Brooklyn y al que me refería cuando me lamentaba con mis amigas hetero y les decía que nunca encontraríamos algo así si nos quedábamos en la tierra de los hombres-niño hípster y consentidos. Pero tenía que haber gato encerrado. Siempre lo hay.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Dime. —Con el tiempo aprenderá que esta era una de sus órdenes favoritas: *dime*.

—Acabo de salir de una relación y me había prometido que no...

—No pasa nada. No estás obligada a nada. —Su mirada era como la de un halcón, penetrante pero calmada—. Yo estoy buscando pareja, alguien con quien compartir mi vida. Y tú me gustas, pero todo eso aún nos queda muy lejos.

—No, si ya lo sé —dije, bajando la mirada. *Estoy quedando como una niña boba.*

—Pero ya que ha salido el tema, hay algo que deberías saber sobre mí. —Ahí estaba el gato. Me preparé—. Si llegaras a convertirte en la pareja que busco, nunca te pondría límites.

—Eh... ¿Qué quieres decir con que «no me pondrías límites»? —pregunté con cautela.

—Me refiero a que podrías seguir viéndote y acostándote con otras personas, e incluso volver a enamorarte. No me gusta limitar las experiencias de mis parejas —dijo, mirándome a los ojos, hablando lentamente como si estuviera dándome buenas noticias en un idioma nuevo—. Si fueras mi pareja principal, solo tendría que sentirme privilegiado y saber qué ocurre en tus experiencias fuera de la relación. Siempre que fueras honesta y tomaras precauciones, serías libre. Libre para hacer lo que quisieras.

Se me hizo un nudo en el estómago. *Eso no lo ponía en su perfil.*

—O sea que eres poliamoroso —dije con un tono más seco del que pretendía.

—Bueno, las etiquetas no me convencen —respondió—. Más que una identidad, eso es lo que quiero para una relación. Pero sí, he tenido relaciones no monógamas. La mayoría fueron principalmente monógamas, pero ahora me he dado cuenta de que así es como deseo estar con alguien a quien amo. No quiero que mis inseguridades le arruinen la vida a mi pareja. No quiero tener ese tipo de control sobre nadie.

—Entonces, entiendo que también tú querías verte con otras personas, ¿no? —¿Por qué me estaba poniendo colorada y me notaba el pulso en los oídos? No tenía ningún derecho sobre él.

—Como ya te he dicho, busco una pareja con la que compartir mi vida, así que ahora mismo esa no es mi prioridad. Y sí, seguramente también querría gozar de algunas de esas libertades en algún momento, pero estoy dispuesto a ser flexible si se trata de la persona adecuada —añadió.

Pues nada, eso era. *Tendría que haber imaginado que a un hombre así no le bastaría con una sola mujer.* Había devorado los centenares de libros que tenía en su piso, se había desecho de muchos más, y aún seguía hambriento. Estaba claro que yo no era especial. Que necesitaría a otras mujeres —sin duda más guapas, maduras y lefdas— para sentirse satisfecho. Que cualquiera que llegara a la segunda ronda tendría esa cena, ese interrogatorio seductor.

Pero había otros sentimientos implicados: una especie de reconocimiento, una sensación de posibilidades excitantes.

Como tantos otros liberales que crecieron en Oakland y vivían en Brooklyn, yo estaba familiarizada con el concepto de la no monogamia. Había leído *En el principio era el sexo* hacía varios años, cuando un exnovio me lo había enviado por correo un año después de que lo dejáramos. Se había vuelto poliamoroso en su siguiente relación y me envió aquel libro tan trascendental diciendo que le «había cambiado la vida» y que esperaba «que me ayudara a mí también». Aunque me molestaron las implicaciones pasivo-agresivas del gesto, lo devoré con gran interés. El argumento principal y muy bien fundamentado —que en realidad no estaba «destinada biológicamente» a querer atrapar a un hombre para monopolizar su semen— me pareció refrescante.

Hacía ya mucho tiempo que había asimilado la «razón evolutiva» por la que el sexo se considera sobre todo un recurso escaso custodiado por las mujeres. A grandes rasgos, esta teoría dice que los hombres quieren propagar sus semillas, mientras que la evolución llevó a las mujeres a querer asegurarse de que los tíos que nos embarazan se queden con nosotras para empalar conejitos, protegernos de emboscadas que terminan en violaciones en grupo, abrir botes cuyos contenidos seríamos incapaces de comer si estuviéramos solas, etcétera. (Y, naturalmente, esta teoría entiende el sexo biológico como algo claramente definido y ordenado y que determina los roles de género estereotípicos, sin contemplar la existencia de las personas intersexuales, trans, no binarias y de género no conforme.)

Pero *En el principio era el sexo* defiende que, en realidad, la evi-

dencia apunta a que las primeras sociedades de cazadores-recolectores eran comunales y que, en general, se preocupaban poco por la paternidad. Fue con el advenimiento de la Revolución Agrícola —y la preocupación por los bienes personales que trajo consigo— cuando los cuerpos de las mujeres se convirtieron en una propiedad que había que gestionar. Con el tiempo, un nuevo paradigma basado en el «te cambio a mi hija por esa vaca» dio paso a una cultura en la que existen expresiones como «¿Por qué comprar la vaca si la leche es gratis?». Según los autores de *En el principio era el sexo*, los primeros teóricos de la evolución del siglo XIX impregnaron sus teorías de sus normas sociales basadas en la monogamia y el patriarcado, pero las evidencias científicas de que la evolución nos llevó a ser un animal socialmente promiscuo son abrumadoras. Existen más de trescientas especies de primates, y ninguna de las que también se organizan en grupos sociales complejos con múltiples machos adultos (como nuestros dos parientes más cercanos genéticamente, los bonobos y los chimpancés) son monógamas. De hecho, muy pocos animales lo son; solo el 3 % de las especies establecen un *vínculo de pareja*, y huelga decir que no son monógamos.*

Desde que leí ese libro no volví a ver las relaciones del mismo modo. Caí en la cuenta de que era otra historia que me habían vendido para reforzar el sistema capitalista y patriarcal. La idea de liberarme de ella me parecía radical y acertada. También me llenaba de nervios. ¿Por dónde se empieza?

Observé a aquel hombre atento que me ofrecía la opción de estar en misa y repicando. Me masajeaba la parte inferior del muslo poco a poco por encima del vestido. De algún modo, su forma de tocarme no parecía querer presionarme a nada, mientras tiraba sutilmente de mi piel para crear una agradable sensación que se extendía hasta mi coño como por casualidad. *A ver... la monogamia*

* Ni siquiera los pingüinos y los cisnes practican la monogamia sexual, como suele rumorearse. De hecho, de las pocas aves y otros mamíferos que supuestamente son «monógamos», la infidelidad está presente en el cien por cien de las especies examinadas. Tendemos a proyectar la construcción sexual de la monogamia en los animales que establecen vínculos de pareja y crían a su descendencia juntos, que no es lo mismo que ser monógamo. J. F. Wittenberger y R. L. Tilson, «The Evolution of Monogamy: Hypotheses and Evidence», en *Annual Review of Ecology and Systematics*, 11, 1980, págs. 197-232; D. W. Mock y M. Fujioka, «Monogamy and Long-Term Bonding in Vertebrates», en *Trends in Ecology and Evolution*, 5, n.º 2, 1990, págs. 39-43.

en serie no va a funcionar para siempre, ¿no? Puede que Adam me enseñe otro camino. Además, ¿no ha dicho que haría concesiones por la persona adecuada?

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Ese tono otra vez, como si estuviera tranquilizando con cariño a una niña que tiene miedo de un monstruo. Me hizo sentir pequeña. En el buen sentido.

—Me quiero tumbar a tu lado, pero me da miedo lo que pasará —reconocí.

—No estoy intentando acostarme contigo esta noche. Yo no funciona así. Prefiero esperar algunas semanas. —Alcé una ceja cargada de escepticismo—. ¡Es verdad! En ocasiones me ha pasado que algunas mujeres han querido romper conmigo porque tardo tanto en querer acostarme con ellas que se sienten rechazadas. No hay prisa. Quiero tomarme mi tiempo contigo. —Estiró los brazos de una forma que dejaba entrever al niño dentro del hombre, de esa forma que todos tenemos de ser como muñecas rusas—. Ven. Túmbate a mi lado. —Me gustaba su forma de decirme lo que tenía que hacer. Firme, pero con delicadeza. Como si fuera mi decisión y al mismo tiempo no lo fuera.

Nos tumbamos en el sofá, cara a cara, con las frentes pegadas, hablando como cíclopes de un solo ojo entre susurros. Como los dos polos positivos de un imán que alguien junta a la fuerza, la resistencia era tan potente como la inevitabilidad de que una de nuestras polaridades cambiara. Al final, llegó el momento. Me cogió de la barbilla con el pulgar y el dedo índice y tiró hacia sí levemente, besándome despacio, con soltura. Me aparté un poco para generar tensión, retándolo a que demostrara fuerza de una forma que parecía nueva y natural y estudiada, todo a la vez. Me puso la mano detrás de la cintura y me acercó hacia él, esta vez con firmeza, con la fuerza justa, tal como debía ser, y con un dedo me abrió los labios y me saboreó. O sea que así podía llegar a ser un primer beso. ¿Había sido alguna vez así de dócil? ¿Me habrían sabido leer así de bien?

No. Ahora me daba cuenta de que no.

Y ahora sus manos me estaban haciendo recordar que tenía cintura, con su espalda convertida en una balsa mientras el sofá se disolvía y la física y la biología conspiraban, ordenándonos: «Fusio-

naos ahora mismo, ya habéis esperado bastante». Me llevó en brazos a su habitación y me posó sobre su inmaculada cama con un sobrecogimiento modesto, casi confundido, mezclado con determinación en sus ojos de halcón. Yo era una anomalía maravillosa, una desviación necesaria de sus planes hasta ahora premeditados. La facilidad, la inercia, la inevitabilidad súbita de todo ello.

Así que eres tú. ¿De verdad eres tú?